





# Edgardo Garrido Merino

Nacido en Valparaíso, en 1899, lo recogió, pues, la muerte a los 84 años.

Filzó, de joven, diarismo en "El Chileno", aquel popular periódico que dirigió don Enrique Delplano y en que también escribieron Díaz García y Silva Videssola. "el diario de las cocineras", como solía llamarlo este último porque su bajo precio —cinco centavos— lo ponía al alcance de todos los bolsillos, porque estaba escrito con tal sencillez que nadie dejaba de entender lo que allí se decía y porque, una vez leído muy de mañana, las "señoras de la cocina" solían, al volver del Mercado, envolver entre sus páginas las lechugas, los tomates y las colifloras...

Terminó, como tantos, escribiendo en "El Mercurio".

Casi toda su juventud y buena parte de su madurez las pasó, sin embargo, fuera de Chile, adscrito al servicio exterior, en España de preferencia, donde sirvió los Consulados de Málaga, Barcelona y Madrid.

En España se acrecentó, si es que no se despertó, su vocación de escritor. En España, además, aprendió a rehacer y a reescribir el castellano. Toda su obra literaria da, en realidad, la impresión de algo muy trabajado. Lo que no tuvo de espontáneo lo tuvo, en cambio, de lento, de moroso, precioso. Hay páginas suyas que hacen recordar las de Valle Inclán o las de Gabriel Miró. Este rasgo las hizo, lógicamente, inactuales. La juventud chilena de nuestro tiempo no estuvo, por lo mismo, cerca de él. Era, para muchos, como un fantasma del pasado.

Como escritor, abordó el teatro, la leyenda y la novela.

Entre sus obras teatrales, se recuerdan "El Chalaco", "La oveja y el lobo", "Siempre Cain".

Entre sus libros de leyendas, "La saeta en el cielo".

Entre sus novelas, "El barco inmóvil", "El dolor de triunfar" y especialmente "Hombre en la montaña", de esas novelas de sus

cuentos viajes por el mundo —"el mundo ancho y ajeno"— y buen hilvanador también de recuerdos personales, que relataba con tanta gracia como sentido del humor, aun sacrificando muchas veces su propia personalidad. Por su charla jovial pesaban las figuras de Rusiñol, de Merquina, de Valle Inclán, de Azorín, de Baroja, de Juan Ramón Jiménez, de Ortega y Gasset.

Era tan buen conversador que ganó, un día, una apuesta difícil.

Fue cuando se comprometió a viajar, por ferrocarril, a Valparaíso con Diego Dublé Urrutia y Joaquín Edwards Bello, que tampoco lo hacían mal. Junto con subir al tren, en Mapocho, los tres se pusieron a hablar al mismo tiempo. Era una sigarabla que no podía seguir. Convinieron, por lo mismo, en que Garrido Merino hablaría desde Santiago hasta Títil, Dublé Urrutia desde Títil hasta Limache y Edwards Bello desde este último punto hasta el puerto. Era una parcelación prudente del recorrido. Pero Garrido Merino no soltó más la palabra hasta el término del viaje, sin que sus compañeros pudieran meter baza y sin que tampoco se aburriesen porque, como los encantadores de serpientes, sabía mantener viva la atención de cuantos embobados, lo escuchaban.

Rusiñol, autor teatral ("El Místico") y pintor y hombre además de medios económicos, solía ofrecer todos los años, para celebrar su onomástico, una suculenta cena en el restaurante madricense "El Arca de Noé". Sólo que para ser invitado había que tener un apellido de animal. Merudeaban, por lo mismo, los León, los Toro, los Halcón, los Osa, los Águila, los Ardilla, etc. Garrido Merino se moría de ganas de asistir, aunque no llenaba la condición básica. Un año no pudo más y le dijo a Rusiñol: "¿Y si asistiese como Cordero?" "Como Cordero, pero ¿por qué?" "Por aquello de Merino"... La invitación fue cursada al instante.

# Edgardo Garrido Merino [artículo] V.

Libros y documentos

## AUTORÍA

V.

## FECHA DE PUBLICACIÓN

1976

## FORMATO

Artículo

## DATOS DE PUBLICACIÓN

Edgardo Garrido Merino [artículo] V.

## FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

## INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

## UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile